

EL FUTURO COMO ORIGEN DE LA HISTORIA¹

Dr. Asdrúbal Baptista, Catedrático del IESA

TEMARIO (SUBJECTS)

La cuestión del poder (The question of power)

Manifestaciones del poder (Manifestations of power)

Trabajo y poder en la historia (Work and power in history)

Un primer eslabón (A first link)

Un segundo eslabón (A second link)

Un tercer eslabón (A third link)

La interioridad del contrato de trabajo (The interior of labour's contract)

La sociedad civil y los agentes económicos (The civil society and the economic agents)

El Estado y los agentes económicos (The State and the economic agents)

Palabra y poder en la historia (Word and power in history)

El futuro que la historia encierra (The future that history embraces)

El tiempo de Venezuela (The time of Venezuela)

Parado en la cima de un gráfico que he logrado construir, en el que se me muestra el curso de la vida económica de la humanidad desde el siglo XIII hasta el presente, (Gráfico 1), me interrogo a mí mismo, ¿hasta dónde llegará

1 Este ensayo fue escrito en el año 2000, y se publicó en el libro *Venezuela siglo XX: visiones y testimonios*, (tres volúmenes), cuya coordinación y edición estuvo al cuidado de Asdrúbal Baptista (Fundación Polar: Caracas, 2001). Se reimprime con autorización de Fundación Polar.

esta curva en ascenso? ¿Habrà manera de que esto se detenga? Y si no se detuviera, cómo serán los seres humanos del mañana hacia el que mi imaginación se dirige, o mejor, cómo serán sus arreglos sociales, y dentro de éstos últimos, sus relaciones de poder, de dominio. Vencida en una gran medida la presión de la mera subsistencia material, ¿qué rumbos entonces pondrá en marcha la historia? Quiero más bien decir, ¿qué rumbos pondremos en marcha, puesto que la historia es siempre nuestra obra?

NIVEL DE LA ACTIVIDAD ECONÓMICA EN EL MUNDO POR HABITANTE: 1276-2000

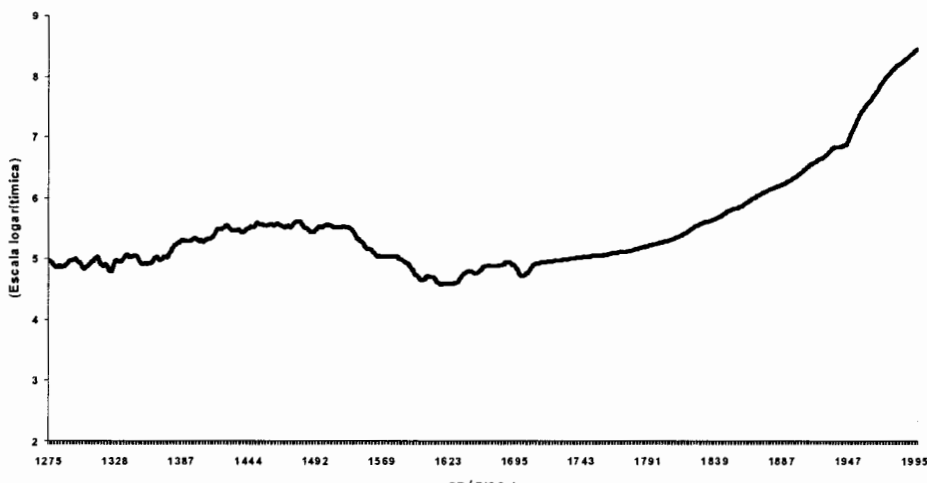


GRÁFICO 1

Historia y futuro. Me obligo a escribir estas dos palabras como con cierta disyunción, mientras que en mi pensamiento las intercambio con total fluidez. Lo normal es que se las oponga entre sí, que se las entienda como si su ámbito fuera en cada caso muy distinto, en tanto que por mi parte no logro concebirlas aisladamente, contraponiéndose. Es así como puedo afirmar con entera convicción: “El futuro es el origen de la historia”. Lo hago, más aún, porque no albergó dudas de que los hechos adquieren su carácter de históricos únicamente cuando demuestran que han cargado el futuro de consecuencias, de significaciones, de planes, de fines y propósitos.

Futuro e historia. Alguien me dejó una enseñanza que atesoro y que por necesidad debo asentar aquí: “En el momento cuando se admite que no hubo nunca épocas doradas, ni las habrá, se libera uno de la necia

sobreestimación de algún tiempo pasado, o de la desatinada angustia por el presente, o de la vanidosa esperanza por el futuro, y lo que permanece es la contemplación en las edades de una noble empresa: la historia de la vida y sufrimiento de la humanidad entendida como un todo”.

El gráfico en comentario me ayuda a colocar frente a la mirada imaginativa algunas de las grandes fuerzas que han empujado el curso de los hombres en los siglos precedentes. Estas fuerzas, en algunas circunstancias, se expresan en episodios asociados con un individuo particular, y en otras, más generalmente, son una serie de hechos que al confluír producen un impulso de universal repercusión. Así, por ejemplo, la laboriosa compilación de John Napier publicada en 1614 que llamará *Mirifici logarithmorum canonis descriptio*, encarna a la perfección la idea vertida. En ella se verifica una promesa que estaba entonces gestándose: la de un nuevo género de conocimientos que habría de venir y por el cual se nos daría el control sobre la realidad. Quiero decir, la promesa de la ciencia moderna. Pues bien, a partir de su contenido, tomó otro curso la relación económica en torno a la tierra, toda vez que los propietarios pudieron con exactitud fijar la extensión del objeto de sus arrendamientos, con el inevitable resultado de la definitiva mercantilización de la propiedad inmueble. Visto en retrospectiva, o mejor, viendo el futuro desde su acontecer, el logro de Napier hizo posible la presencia del arreglo histórico capitalista en el seno de la humanidad.

Pero no menos me salta a la imaginación lo que debe haber sido aquel trozo de tiempo que desemboca en la *Oratio de hominis dignitate* de Giovanni Pico, Conde de Mirandola, y cuyo advenimiento ya se lee en unas líneas del más grande de los florentinos: “mi país es el mundo”. De ese tiempo, hemos de recordarlo, nos formamos; de su impulso, repitámoslo, nos nutrimos; por ese tiempo, además, nos movemos.

Ascenso material indetenible, en suma. Cada día que transcurre se arroja pronto al olvido porque el que viene por fuerza ha de superarlo. Simples órdenes de magnitud marcan ahora las referencias del calendario. Y lo ilimitado de la serie de los números se traspasa al ámbito de la acción humana para persuadirnos de que no hay fronteras para la voluntad empeñada: seréis como Dios se nos insinuó en el comienzo. Parecieran haber poderosas razones para creer en que sí se nos dijo verdad.

Parado en la cima de mi gráfico me pregunto, pues, por las fuerzas propias de este tiempo nuestro, que, como flechas según se las suele representar, atraviesan la historia presente moldeándonos la existencia. Pero también me hago otras preguntas, como ya lo asomé antes, y hay una entre ellas que se me impone. Porque lo cierto es que hay realidades en el seno de lo humano que tienen más bien un carácter de permanencia, que se las halla donde quiera se dirija la mirada; como si fuesen, digo, connaturales a la propia condición del hombre; como si participasen, en breve, de un carácter atemporal en el sentido de que no hay tiempo humano donde no se las halle actuando. No son fuerzas exclusivas del presente que transcurre, sino que antes bien se encuentran, así pareciera, siempre y en todo lugar.

Tengo en la mente las relaciones de poder, el dominio que unos hombres ejercen sobre otros, la capacidad de control de la vida de unos que yace en las manos de otros. Entonces, si le pertenecen de suyo a lo humano, ¿no serán acaso muy aptas para iluminar también la escena presente de la historia? Y el raciocinio que me guía aquí es muy simple. Las consecuencias del espectacular ascenso material de los últimos siglos, que han trastocado el escenario histórico íntegro, no pueden haber dejado de lado la decisiva cuestión del juego del poder. Pero, a la vuelta, también es sugestivo pensar en que un cambio de fondo en las relaciones de poder, puede muy bien situarse tras el espectacular salto que la vida económica ha dado en el curso del milenio.

Fuera como fuere, este asunto del poder y de su manifestación en las actuales circunstancias de la humanidad da para pensar sobre lo que pudiera ser el tiempo por venir. Esto marca el tema de las próximas páginas. Por lo demás, huelga decir cuán frágiles son siempre las conjeturas que intentan cubrir aspectos muy amplios de la vida humana, y en lo que me ocupará en lo que sigue, con mucha más razón debe tenerse ello presente.

Pero lo dicho, por supuesto, tiene una referencia histórica muy particular, que no puede sino ser la vida de Venezuela. Venezuela está en el centro del pensamiento que guía estas páginas, aunque su presencia no se manifieste en cada párrafo. Su curso hacia el futuro exhibe fuerzas que la mueven y que provienen de su propio seno, aunque también muestra otras que se le imponen, que se originan fuera de su ámbito, que son, en suma, de carácter externo. Estas últimas, la verdad es, juegan en el tiempo histórico presente un papel

determinante, y, por consiguiente, es en ellas donde la mayor atención debe ponerse. Ello justifica el camino expositivo que seguimos, y que demanda una elaboración de ciertas rutas que atraviesan la historia contemporánea sin importar que su procedencia no nos pertenezca en el principio. Al final del camino recorrido, cuando la escena actual esté ante nuestros ojos en sus rasgos sobresalientes, sí habremos entonces de venir a nuestro ámbito.

LA CUESTIÓN DEL PODER

“El poder es lo maligno en sí mismo”. Nada menos que el propio Burckhardt, tan versado y profundo, se ve obligado a colocar tamaña afirmación en el inicio de sus reflexiones sobre el Estado. Y Levinas, no menos sagaz, en similar actitud dirá: “la política se opone a la moral”, o de modo más explícito, “[la política]... reduce los individuos a simples portadores de fuerzas de las que nada saben y que los gobiernan”.

Nos la tenemos que ver con una entidad que sobrecoge, que intimida, que atemoriza, que coloca al alma en vilo, y cuando se la califica de demoníaca, como es frecuente hacerlo, no se hace más que reconocer su carácter extraño, arcano. Más todavía, el hecho de escabullirse su realidad entre los más diversos vocablos, insinúa que se trata de un asunto mayor. Piénsese tan sólo en esta variedad de palabras: fuerza, capacidad, arte, talento, competencia, habilidad, destreza, aptitud, poder. Pues bien, ¿cabrá decir algo que cumpla la tarea sencilla de preparar la escena de estas reflexiones, y que sin la pretensión de abrir nuevas vistas en un ámbito reservado para los grandes pensadores que han puesto allí ya su mirada más esclarecedora, incite de nuevo la reflexión?

En el clímax del pensamiento antiguo la cuestión del poder y de la fuerza ocuparán el centro de la reflexión. La materia de su significado se la llega a convertir en la pregunta misma del filosofar. Es así como la obra de Aristóteles, pináculo de aquel prodigioso logro, consigue en el tratamiento que le dispensa “su más decisivo y básico descubrimiento” (Heidegger, 1995: 42). ¿Qué hay allí entonces, y por venir de quien viene especialmente revelador, merecedor de algún comentario?

Unas cuantas ideas impresionan, sobre todo porque el paso de los siglos no hace sino asentarlas, demostrarlas, calibrarlas y ratificarlas. Primera, todo intento de definir el poder regresa sobre el vocablo mismo. Hay una circularidad que, sin dejar de provocar inevitablemente una cierta desazón,

jamás puede admitirse que es la mera resulta de un movimiento vano o vacío del pensamiento. Hablar del poder alude de suyo a una suerte de límite impasable, por decir algo, como la vida misma, como el ser en el perenne preguntarse de la filosofía. En rigor, es como si nada pudiera atribuírsele para determinarlo o precisarlo.

Segunda, el poder es uno. Hacerlo múltiple es equivalente a debilitarlo, a restarle fuerza, a aminorar sus capacidades. En tal sentido el poder siente horror ante la dispersión, y por ello cualquier rivalidad lo incita a eliminar lo que pueda hacerle sombra o menguarlo. Pero esta rivalidad, al mismo tiempo, lo confirma y reafirma en su unicidad.

Tercera, el poder naturalmente es finito: “donde hay fuerza y poder allí hay finitud” (*ibid.*: 135). Esta es una de sus más sobresalientes características, aun cuando en verdad choca de frente con prejuicios muy diseminados. Por lo demás, hay en la gran literatura universal testimonios espléndidos de cómo este rasgo del poder se le revela al entendimiento.

Cuarta, el poder no es arbitrario nunca. De nuevo, esta manera de ser, que en rigor lo define, se pierde con gran facilidad de la percepción más generalizada, y cuando se lo piensa más bien se lo concibe exactamente al contrario: caprichoso, veleidoso, antojadizo. Se quiere indicar, así, que al poder le pertenece como muy propio un cierto tino, un modo de acertar en sus propósitos, un delicado tacto para llevar a cabo sus designios.

El último punto por indicar es de una enorme significación. Se trata de la naturaleza del poder comprendida en términos de cómo se expresa, de cómo se hace presente, de cómo se manifiesta. O, en breve, de si basta que se lo posea o si es siempre menester que se lo exhiba, que se lo haga actual, efectivo, perceptible. En esta encrucijada se abre el espacio para controversias que se escapan de estas páginas, por no decir de quien aquí escribe. Baste, en todo caso, referir al propio Aristóteles, quien expresa su pensar sentenciando que: “se tiene el poder de hacer algo si no hay nada imposible que impida el ejercicio de la capacidad de actuar que se reclama tener” (Aristóteles, 1996: 439).

Los siglos posteriores, detalles más detalles menos, descansarán en estos elementos de juicio, calificándolos y refinándolos desde luego, para ir precisando con cada vez mayor sutileza su carácter. Una contribución de un

siglo reciente, a la que más abajo nos referiremos, pondrá de especial relieve un rasgo suyo. Será éste el tiempo, incidentalmente, cuando se funde el conocimiento de la Economía Política, conocimiento por excelencia de la sociedad contemporánea, y en dicha contribución habrá esta última disciplina de apoyarse en forma determinante. Pero sobre este tema, como decimos, se retornará luego. Mientras tanto sea bueno tener presente, sólo en pasada porque no debe ni puede ser de otra forma, el intento de Nietzsche de llevar al extremo la dilucidación de la realidad del poder.

Su fundamento reside, dirá, en lo que llama la voluntad por el poder. Es ésta una intrincada noción a la que, ojalá sin desmedro de su fertilidad y consecuencias, hemos de entenderla como una capacidad, disposición o tendencia de la vida, y, por lo tanto, del “hombre”. Pero esta capacidad de la vida —llámesela voluntad— impulsa hacia su propio acrecentamiento, es decir, cuando se apodera y domina, o manda y determina, lo que impone es la superación de ella misma. De manera que el poder no es más que acumular poder, siempre más poder: el poder que vence y avasalla al poder. En este sentido, pues, hay como una insaciabilidad que le es ínsita a la voluntad, que es de suyo voluntad de poder, a saber, crecer, ser cada vez “más fuerte” (Nietzsche, 1968: 702).

Lo dicho hasta aquí sobre el complejo tema bajo escrutinio debe ser suficiente para estas reflexiones. Resta una consideración por elaborar, en un plano diferente del pensamiento como resultará ostensible. Una vez que la hayamos hecho podremos entonces movernos en otras direcciones. Veamos de lo que se trata.

MANIFESTACIONES DEL PODER

Hobbes, con indudable penetración en estos asuntos de las interioridades del poder, avanza una idea que no puede pasar inadvertida, aun cuando ocupe apenas una línea y media de su obra. “El poder”, así habrá de escribir, “es un medio para tener la asistencia y el servicio de muchos” (Hobbes, 1968: 151). Nada más dice, y la verdad es, ¿qué le cabría agregar? Con la simplicidad que siempre acompaña esta suerte de percepciones, más aún, con el laconismo propio de las ideas felices, queda así revelado un rasgo de las cosas que coloca al entendimiento en una perspectiva desde la cual el mundo luce muy distinto. Siempre podrá decirse que para tamaña obviedad no era necesaria

tanta fanfarria. A lo que una pronta réplica puede encajarsele: ¡Obviedad! después que se la tiene, por supuesto.

El paso siguiente consiste en reescribir la frase en cuestión para hacerla todavía más asequible. En efecto, puesta en los siguientes términos adquiere quizás una íntegra transparencia: el poder es un medio para disponer del trabajo de muchos. Todo se vuelca, de esta manera, a una realidad indisputable de la existencia cotidiana: porque del trabajo en general se vive. Hacerse entonces del trabajo de alguien, o de los muchos si el caso fuera, remite en consecuencia a algo verdaderamente esencial. Ello, debe saberse, es una viva manifestación del poder.

Con el auxilio de este instrumento conceptual, expresado a través de una idea tan sencilla, resulta posible meterse en las honduras de la historia y ver muchas cosas. Otros lo hicieron ya, y cuánto no derivaron. Intentarlo una vez más en este momento nuestro, y sin que cuente la posición de quien lo haga, no tiene por qué lucir un desafuero, sobre todo si se acepta que la escena humana ha experimentado en épocas recientes cambios muy significativos. Y, ¿cabe no admitir que ello es así?

Ese intento, sin embargo, no se cumplirá de inmediato. La manifestación del poder en el hecho de la apropiación del trabajo de muchos, como pista para la pesquisa, como plataforma desde donde escudriñar el pasado pero también desde la cual conjeturar acerca del tiempo por venir, significa una orientación, permítaseme este preciosismo, metódica. Mostrando así las cartas deseo sostener, sin embargo, que ella no es única, aunque su riqueza debe reconocérsela como inmensa, y en muchos sentidos, acaso irrealizable.

Antes, pues, deseo transitar otro camino, que también tiene sus complejas expresiones contemporáneas. Su carácter, en cuanto orientación para el pensar, se lo verá pronto como distinto. Más aún, la manera de seguirlo bien se corresponde con su naturaleza, porque es asunto de teatro, o mejor, de drama. Quiero decir, es asunto de la palabra, o como bien lo asentara un gran poeta, del “más peligroso de todos los bienes que se le han dado al hombre”. Torno así mi atención a la escena ii del acto I de *Ricardo III*. Allí están Ricardo de Plantagenet y Ana de Neville frente a la urna de Enrique VI, a quien este Ricardo, al igual que lo había hecho con Eduardo hijo del rey y marido de Ana, había asesinado. El diálogo entre ellos: Gloucester, futuro Ricardo III,

y Ana, viuda y también huérfana por razón de la muerte de su suegro, es nuestro telón de fondo.

La escena está por concluir. Resuenan aún los sucesivos denuestos de Ana contra Gloucester. ¡Atrás, horrible ministro del infierno! / ¡Vergüenza, vergüenza, tú, sucio montón de deformidad! / Granuja, que no conoces ley alguna, ni de Dios ni de los hombres / Infecta deformidad de hombre / Esclavo del demonio / Mientes desde tu inmunda garganta / Tu mente sanguinaria, que jamás soñó sino en carnicerías / Canalla / Él (Enrique VI) está en cielo, a donde jamás tú irás / Asesino / Sapo más asqueroso / Pero también los labios de Ana habían proferido intenciones, condenas, gritos de culpa. Si llega a tener hijo, que aborto sea / Has hecho de la feliz tierra tu infierno / Vete / Tierra, ábrete en honda sima y trágale pronto como has tragado la sangre de este buen rey apuñalado por su mano, que el infierno guió / Tú no tienes otra excusa que ahorcarte / Que la noche ensombrezca tu día, y la muerte tu vida /

Y en el diálogo, a cada insulto, a cada invectiva, a cada vituperio, brotados, pues, del más hondo sentimiento de dolor, aunque igualmente de desprecio, interpondrá Ricardo una palabra artera, una palabra hábil, una palabra maestra, una palabra persuasiva. Señora, no acatáis las reglas de la caridad que devuelven bien por mal y bendición por maldición / Mayor prodigio es que un ángel se enfade. Permite, divina perfección de mujer... / Vuestra belleza fue la causa de ese efecto. Vuestra belleza que me acosa en el sueño y me empuja a la muerte del mundo para poder vivir una hora en vuestro dulce pecho / No es empeño natural vengarte de quien te ama / Quien te privó de su esposo, señora, lo hizo para darte otro mejor / Nunca supliqué ni a amigo ni a enemigo: mi lengua no pudo aprender suaves y dulces palabras. Ahora, mi altivo corazón suplica y empuja mi lengua a hablar. Para llegar al clímax, arrodillado, desnudo el pecho en ofrenda ante la espada que blande Ana: No, no dudes, yo maté al rey Enrique. Pero fue tu belleza la que me provocó... Yo apuñalé al joven Eduardo, pero fue tu cara celestial la que me impulsó.

Unos momentos luego, el juego del poder se ha consumado ya. Ana ha sido herida por la palabra y es vencida. Le dice Ricardo: Acepta llevar este anillo. Y ella le replica: Aceptar no es conceder, pero a continuación se lo coloca. No resta sino que el dueño de la palabra, vencedor, cierre la lid: Mira

cómo mi anillo se ajusta a tu dedo; así se acopla en tu pecho mi pobre corazón; lleva los dos, pues los dos son tuyos.

Su reflexión final, expresión genial e insuperable del poeta, es la realidad del poder de la palabra, o simplemente, del poder. Habla Gloucester, futuro Ricardo III:

¿Fue alguna vez mujer de este modo cortejada?

¿Fue alguna vez mujer de este modo conquistada?

La tendré, mas no la guardaré por mucho tiempo.

¡Cómo! Yo que maté a su esposo y a su suegro

Hallarla con el más extremo odio en su corazón,

Con maldiciones en la boca, lágrimas en sus ojos,

Ante el testigo ensangrentado de mi ira,

Teniendo a Dios, a su conciencia, a todo contra mí,

Y yo, solo, sin el apoyo de nadie

Salvo el mismo diablo y el disimulo en la mirada

La gano para mí. **¡El mundo entero a cambio de nada!**

Admiración, perplejidad, que a un tiempo son también pregunta, por fuerza tenían que mover al poeta: ¡Cómo! exclamará su boca a través de Gloucester. La realidad del poder, que como hemos visto es asunto de la palabra, pasa entonces por la seducción y el convencimiento, por el engaño y la persuasión, por el ocultar y desdibujar la realidad haciéndola aparecer según se la necesita. En suma, tema antiguo, que bien vale la pena recrear por un breve instante, para apreciarlo en el tiempo cuando se lo descubre con la expectativa de que, quizás así, podamos apropiarnos de algo de aquella iluminación original para entonces aventurarnos a contemplar su destino, que es nuestro futuro.

“Habrás de convertirte en un poder real en la ciudad”, ésa es la promesa del Protágoras de Platón. Promesa que tiene ver, desde luego, “con el arte de la política”, y que precisará bien Gorgias: “el poder de gobernar a tus compatriotas”. Pero, ¿de qué trata esta promesa tan sugestiva, tan, sin duda

irresistible, y más, tan rotunda y categórica? O de otro modo vista, ¿dónde yace ese poder real que descubrió aquel pensamiento sobre el cual se funda la sociedad contemporánea, nuestro propio modo de vida? La respuesta la brinda Sócrates: “en la influencia sobre el alma” de la gente, es decir, en el dominio sobre su pensamiento, sobre sus convicciones y creencias, sobre sus actitudes y valores. En breve, en el dominio sobre su existencia. El asunto, entonces, el decisivo asunto del poder, no es más que apropiarse de otros a través de la persuasión.

Persuadir, así, se asimilará en ese gran pensamiento de la antigüedad al mismo resultado que produce la cacería: el hombre de poder es un cazador que se adueña del alma de otro, o de los muchos, insuflándole sus convicciones, sus maneras, su ‘verdad’. Las redes por emplear en esta singular cacería tienen que ver, por lo tanto, con la palabra que ex profeso se usa para causar la impresión que se desea, para conducir los ánimos, para simular la realidad o falsía de algo, para desviar la atención o concentrarla según se necesite. El hombre de poder, entonces, adquiere o lleva consigo la suprema capacidad de inventar la verdad que, luego, otros harán suya. Esa capacidad se apoya, de manera determinante, en el conocimiento que el poderoso posee de las clases de hombres, o mejor, de almas que hay, y que son “finitas” precisará Platón. Más aún, dirá que para cada género de hombre es adecuada una forma de convencimiento, de persuasión, y en el atinado acoplamiento de alma y palabra sugestiva, que él, el hombre de poder quiero decir, llega a producir siempre, como si le fuera instintivo o connatural antes que adquirido, radica su poder. Huelga señalar que no hay margen para un acoplamiento que se quede corto, o lo que viene a decir lo mismo, que mínimos grados de imperfección en estos asuntos resultan, a la postre, equivalentes a un sumo yerro.

No debe sorprender la perplejidad que embarga a Sócrates cuando se apercibe de lo que yace de por medio. Perplejidad que puede recrearse en cada quien que logre hacerse del estado de ánimo apropiado para caer en la cuenta de lo que queda antes dicho: “esto tiene una importancia prácticamente sobrenatural”, habrá así él de exclamar. Y si fuera el caso desprender alguna conclusión de lo anterior, ninguna más apta, entonces, que la envuelta en una frase antes citada: la palabra o “el más peligroso de todos los bienes que se le han dado al hombre”.

Quedan abiertas dos direcciones para allegarnos a este asunto que nos ocupa. Las he propuesto con deliberada intención como si fueran tales: *dos direcciones*. De este modo satisfago más bien un requisito pedagógico, expositivo, que espero pueda resultar útil para lo que sigue. Con sus elementos básicos a la disposición procedo a continuar con mis reflexiones.

TRABAJO Y PODER EN LA HISTORIA

El poder es un medio para disponer del trabajo de muchos. ¿Qué se desprende de aquí? Como se verá en lo que sigue, nada menos que una posibilidad de contemplar la aventura de la historia humana.

El punto de partida —¿cómo puede haber otro?— es que la subsistencia del hombre como realidad biológica es inseparable del trabajo. En el principio era el trabajo, cabe bien decir; pero también, “sempiterna condición de la existencia humana impuesta por la naturaleza”. O como alguien escribió cuando se echaban las columnas de la sociedad contemporánea: “El trabajo de cada nación es el fondo que originariamente la provee de las cosas necesarias y útiles para la vida” (Smith, 1976: 10).

No hubo, pues, ni podía haberlo, arreglo social que por fuerza de las cosas no se asentara sobre esta base inescapable. Pero con esta idea por delante no era posible avanzar demasiado lejos. Fértil lo es, sin duda, puesto que capta un aspecto decisivo de la práctica, mas pronto detiene la reflexión si es que se la quisiera emplear para un sobrevuelo de la historia de la sociedad humana, y, por ende, para pensar sobre el futuro. Aquí es donde aparece una idea, simplísima en su primera apariencia, pero, como es la naturaleza de las marcas del pensamiento, empuñada de significación. Por lo demás, y según cabe esperar de estas ideas seminales, hay importantes antecedentes que se expresan en el lenguaje mismo.

Así, en el trabajo como una entidad en general es menester establecer una diferenciación, so pena de pasar por alto un aspecto sobresaliente de su carácter. A saber, que una realidad es el trabajo plasmado en un objeto, el esfuerzo que se ha concretado y materializado en una cosa cualquiera, y la otra es el trabajo como capacidad para crear algo, como energía para llevar a cabo una tarea, como suma de unas habilidades, destrezas y aptitudes para producir un objeto.

Admitida esta diferenciación, sencilla y elemental hasta lo más, el espacio humano íntegro entonces adquiere una nueva dimensión histórica que hasta este momento no ha tenido, y algo similar también sucede con las relaciones de poder. En resumidas cuentas, sostener que el poder es un medio para apropiarse del trabajo de otros, si no se introduce una importante calificación, termina por ser una manera insuficiente de allegarse al tema.

Pero hay que insistir algo más en el punto, siendo su significación tan grande. Adam Smith, por ejemplo, quien tenía muy en la mente la obra de Hobbes y que en ella se apoya de manera explícita, ve con toda claridad la relación entre el poder y el trabajo, entre la riqueza y el poder: “se es rico o pobre de acuerdo con la cantidad de trabajo que se pueda comandar” (*Ibid.*: 47). Más aún, la diferenciación en cuestión no le era indiferente, ni podía serlo dadas su indudable capacidad de observación y la práctica que lo circundaba, pero lo cierto es que no la apropia con todas sus consecuencias. Es así como pudo escribir lo siguiente, sin arrancar luego los frutos esperados: “el poder de una fortuna permite el poder de comprar una cierta disposición sobre todo el trabajo o sobre todo el producto del trabajo que se encuentra en el mercado” (*Ibid.*: 48). Aquí, no hay duda, está la distinción que nos ocupa. Curiosidades del pensamiento, sólo resta decir, cuantimás si se tiene presente que contemporáneos suyos, sus allegados, de la manera más abierta estaban ya dando cuenta de que en el mercado no sólo había objetos, mercancías, servicios, esto es, trabajo que se compraba y vendía, sino preeminentemente capacidad para trabajar, seres humanos libres y dispuestos a vender sus habilidades y competencias.

UN PRIMER ESLABÓN

Mercados, esto es, lugares públicos para el intercambio, los hubo desde muy antaño. Comerciantes e intercambio pueblan, de hecho, la antigüedad más remota, y el ánimo de lucro, el espíritu de ganancia, movió con la fuerza del caso empresas, proyectos y hombres. Bastaría con poner la mirada sobre el Código de Hammurabi (1792-1750 a.C.), con los textos de Uruinimginga (2352-2342 a.C.), para allí toparse –con las dificultades siempre presentes de burdos anacronismos– comerciantes, precios, regateos, multas. Hay incluso salarios y sus tasas en el Código de Eshnunna, de comienzos del segundo milenio a.C. (véase *Los primeros Códigos de la Humanidad*, 1994, *passim*). En el norte de Europa, más aún, hay evidencias de intercambios entre comunidades

muy distantes, ya en las fases finales de la era conocida más antigua, “miles de años antes que los documentos escritos mencionaran comerciantes o mercancías” (Gordon Childe, 1952: 1).

Si lo anterior es cierto, pues también debió ser cierto que las fortunas de aquellos tiempos tenían que expresarse en la capacidad de disponer del trabajo de muchos, es decir, en enormes masas de bienes y servicios personales. Pero lo ostensible es que la capacidad de trabajar, no los frutos mismos de esa capacidad, cuando se la requería se la obtenía compulsivamente, con grados de violencia extremos. Había, en breve, seres humanos que eran propiedad de otros seres humanos, y como tales propiedades eran objeto de uso y disposición: “aquél que es de otro hombre, que es su posesión, y que sirve como un instrumento de acción” (Aristóteles, 1990: 1253b5).

¿Qué cabe decir de esas formas de opresión? Los especialistas tienen allí un fértil campo de disputas. Ni tenemos el conocimiento ni este ensayo es el lugar donde dar cuenta de detalles que, en todo caso, no hacen falta. Lo cierto es que el ejercicio del poder en aquellas condiciones históricas tiene un carácter cruel, brutal, despiadado, abiertamente opresivo. Más todavía, no hay necesidad alguna de inmiscuirnos en discusiones terminológicas sobre cualesquiera diferencias que pueda haber habido entre los siervos, los colonos, los *douloi* de que escribe Aristóteles, los *heilotai* de Esparta, los *penestai* de Tebas, los *clientes* de la primitiva Roma (De Ste. Croix, 1981: 140ss). Fuera como fuere, una forma determinante, sino la más importante, de las maneras de prestar las capacidades productivas era la que envolvía a estos seres humanos que eran propiedad de otros, sobre los cuales se ejercía todo el dominio compulsivo imaginable, y que, al igual que las cosas, carecían de relaciones familiares, de vínculos algunos de parentesco: “¿De qué padre hablas, si es un esclavo?”, palabras de Tito Macio Plauto.

Lo ostensible del poder, cuando lo captamos en su origen, es la abierta opresión con la que se manifiesta. La forma permanente de su ejercicio, en breve, tenía en esta relación de compulsión su signo característico. Había, cómo dudarlo, prestaciones voluntarias de las capacidades para trabajar de algunos, amén de las propias del intercambio de suyo voluntario, pero a despecho de todo número relativo a cuántos esclavos hubo, la verdad es que la forma más primigenia de la relación de poder asume este rasgo de la inmensa violencia física, de la consideración de seres humanos como si fueran cosas,

de la exacción de la capacidad de trabajo por la vía de la fuerza, del simple y brutal dominio.

UN SEGUNDO ESLABÓN

El derrumbe del mundo antiguo, el colapso de Roma, la destrucción de la organización económica que llegó a permitir lo que Gibbon calificó como “el tiempo más feliz y próspero de la raza humana: la época desde Nerva hasta los Antoninos”, por necesidad debía arrastrar la estructura misma de las relaciones de poder. Incidentalmente, los historiadores de las ideas con frecuencia asimilan a Roma “con la fuerza del pensamiento que se concentra en el arte de dominar”, por lo que su declinación no podía dejar de afectar, entonces, ese espíritu mismo de dominio.

La caída de la antigüedad conduce al derrumbe de la exacción del trabajo por las maneras violentas de la esclavitud. “Nada fácil de explicar”, dirá uno de los más grandes medievalistas europeos cuando se propone trazar las rutas que conducen a su desaparición en el norte del continente (Bloch, 1941: 285). Vendrá en la sucesión histórica la conformación de nuevas relaciones de poder en torno a una figura social muy compleja: se la llamó *seigneurie*, *manor*, *herrenhaus*, *remença*, *señoríos*, *haciendas*. Esta figura será el centro de una nueva trama de exacción del trabajo de unos por parte de otros. Aparecerá así la palabra *servidumbre*, *serfdom*, *glebae adscripti*, que sobrevenida del latín *servus* no indica sin embargo esclavo, como era su significado original. Los siervos no son esclavos, no eran “un rebaño humano alimentado por su dueño, al que debían entregar el fruto íntegro de su esfuerzo”. La servidumbre, en breve, es una forma menos aparatosa de la violencia que el poder lleva consigo.

La marcha de la historia, así, pareciera atenuar la crueldad del dominio bajo formas de relaciones en apariencia menos brutales. Los siervos, que no eran esclavos, asumirán en la práctica condiciones muy variadas. Hay que detenerse un instante, por ejemplo, en el caso histórico concreto de Inglaterra, para caer en la cuenta de la multiplicidad de condiciones bajo las cuales ocurre el fenómeno general de la servidumbre, cada una de ellas con su propia expresión lingüística: *laboueurs*, *manouvriers*, *villani*, *cottarii*, *bordarii*, además de los *freeholders*, *customary tenants*, *leaseholders*, *cottagers*, *peasants* (Hilton, 1969: 12ss; Tawney, 1912: 19ss). Y tras cada una de las mismas, como es de esperar, yace toda una compleja trama de servicios personales, de prestación de trabajo, de formas particulares del juego del poder.

UN TERCER ESLABÓN

También declinará la servidumbre como mecanismo histórico para la imposición del dominio de los unos sobre los otros. Así, es conocimiento del todo establecido en la historiografía la significación creciente de los servicios debidos al terrateniente prestados en dinero, antes que en trabajo (Kosminski: 1962, *passim*). Este hecho, a todas luces decisivo, es la resulta de un complejo de causas que evidencian la debilidad histórica de la expresión del poder envuelta en estas relaciones serviles, y cuando se hace presente es porque ya se encuentra el proceso bajo comento en apresurada marcha. En todo caso, su tránsito hacia nuevas formas, una vez más, será una experiencia de grandes proporciones. La vive tempranamente Inglaterra a lo largo de los siglos que corren desde el siglo XIII en adelante, y serán sus siglos XVI y XVII, convertida ya para este tiempo en el espacio de enormes fuerzas históricas, los que contemplarán cambios profundos como los recuerdan pocos tiempos previos.

Esos cambios pueden resumirse en una sola manifestación, dada la orientación de estas reflexiones. A saber, la conformación del mercado de trabajo. ¿Qué se quiere decir con esto? ¿Qué realidades confluyen aquí que hacen posible la emergencia de una nueva compraventa, de un nuevo intercambio porque novedoso es su objeto, de esta reciente mercancía que se halla a disposición de quien la necesite? El advenimiento histórico de este mercado, pues, marca una honda cisura en el curso de la humanidad, y baste aquí un solo testimonio, avanzado el tiempo ya como es lo usual que sea, para ponerla de relieve. Así hubo de escribir Turgot cuando quiso precisarla: “El simple obrero, que sólo tiene sus brazos y sus habilidades, no posee nada que pueda venderle a otros, excepto su esfuerzo”.

Excepto su esfuerzo. De eso se trata, puesto que nada posee que pueda venderle a otros. Pero, ¿cómo se llega a esta condición de total carencia de medios de vida, de tan radical indigencia por parte de grandes masas humanas? Pregunta muy seria, puesto que las evidencias abundan de que sí contaban a su favor, unos pocos siglos antes, con modos suficientes de subsistencia (Tawney, 1912: 98ss). Pero aquí no hay razón para detenerse y debemos pasarla por alto. Lo cierto es que dichas masas comienzan a llenar el espacio económico, y al así suceder la vida de la economía empieza entonces su ascenso, su irresistible ascenso. Adam Smith, por ejemplo, asentará que por

cada trabajador independiente “hay veinte que trabajan para un patrono”, (Smith, 1976: 83).

De manera, pues, que nunca será una mera coincidencia estadística, si colocamos la mirada en el Gráfico 1 de páginas arriba, la presencia simultánea de estas masas de asalariados, como debe llamárselos, con la puesta en marcha del gran hecho de los tiempos modernos, que no es otro que el crecimiento de la riqueza de las naciones. Un agudo y cáustico observador de comienzos del siglo XVIII podrá muy bien decir: “la riqueza más segura consiste en una multitud de pobres laboriosos”.

El juego del poder ha tomado otra orientación. La compulsión tras la prestación del esfuerzo, de las capacidades del trabajo, es ahora tenue y sutil si se la compara con la que constriñe al *doulos* de Aristóteles, o al *glebae adscripti* de las ordenanzas carolingias. El asalariado vende sus habilidades, y la venta, como bien lo asentará el Código Napoleónico, es un modo enteramente voluntario de transferir la propiedad de algo. Por lo que al trabajador, hasta donde la vista alcanza, vista que prestará con creciente eficacia la Economía Política, ha de vérselo como un ser humano que concurre a su contrato de trabajo en el pleno ejercicio de la libertad. Desde luego, las cosas no son tan simples, y ya el propio Adam Smith, vocero por excelencia de los nuevos tiempos, tendrá muchas cosas que decir, amargas y punzantes, sobre el contrato en cuestión.

Las relaciones del poder se sumergen ahora tras la apariencia que ofrece el contrato de trabajo. Se compra y vende esfuerzo por prestar. Hay una oferta por parte del trabajador; hay una demanda del lado del patrono. Aquí no cumplen papel alguno, en lo que al contrato atañe, otras circunstancias distintas de lo que es la oferta de un servicio y su correspondiente demanda. Más aún, al hablarse de una transacción se da por sentado que cada una de las partes concurre de manera voluntaria, sin más calificaciones, sin nada que pueda asomar un dejo de compulsión, de dominio, de imposición. Cualquier manual de texto de Economía repetirá la bien aprendida lección: “cuando sube el salario aumentan las horas de trabajo ofrecidas...”, o si desea hallarlo con más rigor: “el salario de una persona empleada es aquel exactamente suficiente (en la estimación de las personas mismas empleadas) como para inducir a ofrecer el volumen de trabajo ocupado” (Keynes, 1973: 5).

La interioridad del contrato de trabajo

Aquí deben dejarse de lado cuestiones que, interesantes como sin duda lo son, podrían con facilidad desviar la atención del tema central de estas reflexiones. A saber, por ejemplo, el tema del desempleo, es decir, de la imposibilidad para muchos de conseguir un comprador de sus habilidades y destrezas; o la consideración particular que, desde el punto de vista legal, merece la relación laboral. El meollo del asunto, entonces, para retornar a él y no perderlo de vista, tiene que ver con la naturaleza del intercambio que envuelve la prestación de servicios de trabajo. Se quiere denotar que, sobre el pensamiento, gravita de la manera más seria el decisivo punto de si un contrato de trabajo participa del mismo carácter que un contrato por una cosa cualquiera. Debe entenderse que al abordar esta cuestión desde la perspectiva de la anterior pregunta, se toca un aspecto delicadísimo del juego del poder, que hasta hace muy poco –quiero decir, unos pocos siglos atrás– tenía la patencia de lo burdo, de lo abultado y visible, pero que ahora pudiera en efecto sólo subyacer, es decir, habitar fuera del foco de la mirada común. En breve, y según lo dicho antes, el destino de las relaciones de poder puede ser el de haberse ocultado, soterrado.

O expresado de otra manera, todo gira en torno a si cuando se pacta una prestación de servicios laborales las partes envueltas entregan y reciben proporciones equivalentes, si a cada quien se da lo suyo y, por consiguiente, si las partes consiguen lo propio. El gran hallazgo que reclama Marx haber realizado, su aportación a la determinación de los horizontes de la sociedad contemporánea, consiste precisamente en la develación de que el contrato de trabajo, tal y como se presenta ante nuestro ojos, lleva consigo una desventaja, un desequilibrio, una exacción para el trabajador. En suma, y para no ahondar en un tema que pudiera llevarnos muy lejos, el trabajador, sostiene Marx, entrega más del equivalente que recibe cuando vende su capacidad productiva.

Ahora bien, para comprender esta materia hay que hacer una precisión; sólo así, además, lo que encierra el sutil hallazgo de Marx no se hace pasto del más banal de los juicios. En el acto de compraventa del esfuerzo que crea el vínculo entre el trabajador y su empleador nada hay, ni desde el punto de vista de la legalidad contractual ni tampoco de la justicia distributiva en su sentido más abstracto, que rompa con el pacto de recibir lo que es propio a cambio de dar un equivalente. Pero las cosas no se detienen aquí, y es ello lo

que marca la radical diferencia entre la compraventa de esfuerzo laboral y el intercambio de una cosa cualquiera. Hay, en efecto, un segundo estadio, un segundo momento de esta relación mercantil. Este otro estadio, sobre el que se constituye la especificidad del contrato de trabajo, viene dado por el uso de parte del patrono o comprador de la mercancía que ha adquirido, esto es, del esfuerzo por realizarse, de la mercancía transada. A distinción de una mercancía cualquiera que cesa de existir cuando se la usa, y que sólo transfiere a su consumidor lo que lleva consigo, el uso del esfuerzo laboral, su consumo, engendra y crea bienes, cosas. Allí, sostendrá Marx, es donde reposa el secreto de las relaciones de poder en la sociedad contemporánea. Haberlo revelado es su inmenso logro.

Todo el asunto se reduce, como cabe esperar, a una desigualdad. Pero para poner de relieve su naturaleza hay que tener algo presente. El ámbito del comercio, donde ahora se aloja en una importante medida el juego del poder, tiene un principio que asegura su existencia misma, que lo hace posible. Este principio, como tantos otros, lo puso de manifiesto Aristóteles: “las mercancías para intercambiarse deben poderse comparar” (Aristóteles, 1999: 1133a). Es decir, el intercambio ocurre porque hay un elemento común a las cosas intercambiadas que permite la determinación de las proporciones que habrán de regirlo, que regula de antemano la recíproca entrega que hacen el comprador y el vendedor. Ese elemento común no es otro que el valor. Las cosas, en breve, se intercambian de acuerdo con su valor. Pues bien, la compraventa del esfuerzo laboral no se escapa de esta regla de existencia. Y es sobre su base, por lo tanto, como Marx creyó haber develado el fundamento de las relaciones de dominio en la sociedad comercial, en la sociedad contemporánea.

¿Cuál fue, entonces, la desigualdad que Marx dice haber encontrado en el núcleo básico formativo de los arreglos sociales contemporáneos, esto es, en la compraventa de trabajo? La desigualdad que se da “entre el valor del esfuerzo productivo y el valor que ese esfuerzo crea” (Marx, 1969: 45), o de otro modo expresado, la desigualdad que emerge con ocasión del segundo momento antes identificado.

La apropiación de esa porción, que no fue objeto del contrato originario, que carece de contrapartida por parte de quien la realiza, es materia constitutiva esencial del espacio del poder en el tiempo presente de la

humanidad. La complejidad de circunstancias tras la determinación de este espacio, complejidad que es ostensible, no debe verse sino como una parte más de ese dramático ocultamiento que vive el poder en estos tiempos, y que es un tema al cual retornaremos luego. Mientras tanto, hay aquí otros elementos de juicio que deben discernirse.

La sociedad civil y los agentes económicos

Los tiempos que corren pertenecen a una realidad que el siglo XVIII llamó la sociedad civil. Otras precisiones se habrán hecho sobre lo que envuelve su presencia histórica, pero acaso ninguna lleva tan lejos ni tan profundamente como la que ofrece Hegel. Valga así una cita suya, que dice lo que de la pluma de otros requeriría mil textos: “La creación de la sociedad civil es el logro del mundo moderno... En la sociedad civil cada miembro se tiene a sí mismo como su fin; todo lo demás le representa nada” (Hegel, 1967: 266-67). Este es un tiempo, pues, cuando cada quien llega a creerse centro de todas las cosas, origen de todo significado, entidad para cuya voluntad no hay límites predeterminados, razón de ser de la comunidad, del Estado, de toda organización. ¿Qué se sigue de aquí para los fines del tema sobre el cual reflexionamos?

Simplemente que desde la óptica del centro no es admisible que se sea objeto del poder, factor recipiente de las consecuencias de su juego, simple pieza de una estructura, mera entidad pasiva. La radical subjetividad que acompaña a la condición humana contemporánea acomoda al hombre, lo prepara y determina, para cerrarse existencialmente a ciertas realidades. Se quiere denotar que no son compatibles en el espíritu del hombre de hoy ser la causa de toda significación, la fuente del valor que puedan llevar las cosas, con el reconocerse instrumento de los mecanismos de las relaciones de poder. Acaso ningún contemporáneo se plegaría a saberse “una caña movida por el viento”.

En segundo lugar, hay un hecho indisputable que no podemos soslayar por un momento. Con la mirada puesta en el gráfico que nos asiste desde el comienzo, qué otra cosa cabe decir sino que un hombre de hoy disfruta de posibilidades materiales simplemente inimaginables frente a las que pudo tener a su favor alguien dos o tres siglos atrás. Los estándares de comodidad y bienestar de antes y del presente, hablando con rigor, quizás no son conmensurables, y toda comparación puede bien quedarse corta siempre.

Más aún, el ascenso de la curva que nos representa la masa de bienes y servicios disponibles, como lo dijimos al comienzo, pareciera no tener más límite que el cielo, y los incrementos de confort se gozan y sienten de año en año por no aludir a períodos aún menores. ¿Cómo, entonces, hacer compatibles este creciente bienestar con el juego del poder del que se es objeto? ¿No es acaso una fiel expresión del dominio la depauperación de quien lo sufre y experimenta?

En tercer lugar, la expresión política del poder, por fuerza de las circunstancias, se ha amoldado a las nuevas condiciones. El reino de la ley, su imperio antes que la arbitrariedad del gobernante, crean una atmósfera en la cual la vida individual, en general, se desenvuelve sin sobresaltos, sin el temor de injerencias indebidas por parte de la expresión más visible de lo que se entiende como el poder. Tras este cambio, sin duda muy profundo, se halla un drástico reacomodo del que vale la pena dar cuenta con un cierto detalle, dada su significación. Y para hacerlo no dispongo de una mejor vía que la siguiente.

El Estado y los agentes económicos

Hacia el final de su obra, donde normalmente no se llega puesto que la preceden numerosas antiguallas que desaniman la lectura, hay una idea que, en mi entender, encierra cosas muy importantes. Escribe así Adam Smith (Smith, 1976: 817-824): “Los ingresos con los cual han de sufragarse ... todos los otros gastos necesarios del gobierno ... pueden extraerse, primero, de un fondo que pertenezca a título propio al Soberano, y que es independiente de los recursos de la gente; y segundo, de (estos) recursos de la gente”. Dicho fondo, precisa el autor, está compuesto por “el acervo de capital público” y por “las tierras (también) del dominio público”.

Establecidos estos principios, y luego de un análisis con importantes consideraciones, arriba él a la siguiente conclusión: «El acervo y las tierras públicas: las dos fuentes de ingresos que pueden pertenecer a título propio al Soberano o a la Comunidad, son *impropias* e *insuficientes* para costear los gastos necesarios de cualquier Estado grande y civilizado».

La calificación que merecen las fuentes de recursos que nutren las arcas públicas se expresa entonces con dos vocablos, a saber, insuficientes e impropias. La primera de ellas es familiar para cualquiera que haya escuchado hablar de las cuentas fiscales o de los ingresos del Estado. Llamar

«insuficiente» a un ingreso no puede sorprender a nadie. Lo insuficiente alude a la medida de algo respecto de otro algo. De allí que, dados unos gastos por cubrir, los ingresos disponibles alcancen o no, sean suficientes o resulten insuficientes.

Una sorpresa, sin embargo, se presenta con la segunda calificación. La palabra al efecto utilizada, en su idioma original, es “*improper*”. En el *Oxford English Dictionary* se encuentran tres entradas para esta palabra que se refieren a su uso hacia finales del siglo XVI y comienzos del siglo XVII. El círculo semántico de “*improper*” se mueve en torno a ‘*unsuitable, inappropriate, incorrect, unbecoming*’. Es decir, tras el vocablo bajo comentario se denota cierta inadecuación, impropiedad, incongruencia, ocurrencia a destiempo. ¡Sin ninguna duda, una locución extraña! Extraña por alejada del ámbito lingüístico en el que se mueven los ingresos y los gastos. Extraña, sobre todo, porque un término tan ricamente cualitativo mal puede aplicársele a una realidad por excelencia cuantitativa. O dicho de otro modo, ¿qué sentido puede atribuirse a la caracterización de un ingreso como ‘inadecuado’, como ‘impropio’?

Queda así la sugerencia de que hay algo contradictorio, profundamente contradictorio en una sociedad de corte moderno, cuando la acompaña la circunstancia de que su cuerpo político posee recursos a título propio con los cuales subvenir a sus gastos. ¿Qué interpretación cabría hacer de este párrafo, por lo demás casi extraviado, y al que quizás no se ha prestado nunca alguna atención?

Adam Smith, no puede haber duda, dio aquí un significativo paso. La incongruencia por él anotada, en efecto, se revela como tal sólo desde la perspectiva histórica del arreglo social contemporáneo, y en tal sentido su mirada estaba cargada de futuro. Dicha perspectiva, así, da por sentada la recíproca dependencia del cuerpo económico y del cuerpo político, de la sociedad civil y del Estado. Esa dependencia es la vía para ponerle frenos a la arbitrariedad, al capricho del poder, a la voluntad sin cotos del hombre de gobierno. Viendo las cosas desde otro ángulo, el caso de un Estado autónomo en el orden material, es decir, autosubsistente en el plano económico, constituye el ámbito natural para el poder que carece de límites, para el poder que tiene súbditos y vasallos, mas no para el que trata con ciudadanos.

La experiencia de los últimos siglos, ésa que ha terminado por imponerse a cuenta de su inmensa vitalidad histórica, se mueve en esta dirección sugerida

por Smith. Y al hacerlo cumple la decisiva misión de quitar y suprimir de la vista del hombre de hoy la apariencia del poder. ¿Cómo, por lo demás, puede el ciudadano sentirse objeto del imperio de una relación de dominio cuando de él se depende? ¿A qué otro estado de conciencia ha de llevar el tributo que se paga, los impuestos que sostienen la cosa pública, sino a la convicción de que el ciudadano está incluso por encima del Estado, que la relación del poder se ha, óigase bien, invertido?

Fuera como fuere, ya recogeremos más adelante estas reflexiones. Ahora es el momento de dirigir la atención a un tema de casi insondable complejidad, a saber, la cuestión de la palabra, de la palabra y su historia, de la palabra su historia y el juego del poder. Ya antes nos ocupamos algo de él, y lo que resta por decir aquí es muy poco. Lo que se diga, en todo caso, se tomará de lo que otros, aptos y competentes para ello, tienen que decir al respecto. En lo particular, recojo la huella que me han dejado a lo largo de los años lecturas que veo en la distancia con cierto aire profético.

Palabra y poder en la historia

Tras de los cambios que aquí habrán de sugerirse y que llevan al tiempo presente hay, como tiene que serlo, una historia, una historia fascinante que envuelve los temas más decisivos sobre los que un ser humano puede pensar. Otros, de nuevo, han comenzado a contarla con enormes frutos, y a ellos, si el caso fuera, debiera remitir yo al lector. Sobresalen ante mí, con todo, algunos temas. Valga proponer éste, que lo veo como muy importante.

El juego del poder, lo pienso así, consiste en adueñarse o apropiarse de la verdad para dominar a otros. La simple conquista física, brutal, despiadada, que sojuzga a los conquistados y los somete por la fuerza al imperio del vencedor, es menos, mucho menos de lo que él aspira. La apropiación de la verdad, por lo tanto, habrá de ser siempre sutil, imperceptible acaso, urdida y tejida con finísimos hilos. Es asunto de unas manos capaces de moverse tenuemente, grácilmente, que apenas rozan y que, sin embargo, encantan, conducen, seducen.

Pero la cuestión de la verdad, la cuestión de su asiento, de dónde mora y cómo se manifiesta, es pertenencia de la palabra, es de su ámbito. En ella se afina y sostiene. Por lo que, entonces, y como hubimos de sugerirlo páginas arriba, el juego del poder radica en la apropiación de la palabra para ponerla al servicio del dominio. Esta apropiación, sin embargo, tiene como una suerte

de ímpetu, de curso. Se lo puede seguir, y al hablar así no se quiere traslucir jamás que sabemos de antemano que avanza con alguna predeterminación. La historicidad del juego del poder pasa, de esta manera, por poner de relieve la historicidad de la palabra, es decir, la historicidad de la verdad. Veamos si algo puede decirse.

En el pensamiento antiguo hay un testimonio de Protágoras que transmite Platón, y que dice lo siguiente en su primera frase: “el hombre es la medida de todas las cosas”. Qué significó tamaña frase dos mil años atrás, no me es dado decirlo. Una mínima ayuda en este propósito parece brindarla el propio Sócrates cuando, a continuación, trata de explicarla preguntándose: “Será que las cosas individuales son para mí tal y como me aparecen, y para ti, a su vez, como te aparecen (puesto) que tú y yo somos hombre”. Pero de seguidas acota: “Es de esperar que un hombre sabio no diga necedades”. Y Protágoras, no se dude, lo era.

Lo cierto es que, en los orígenes fundacionales de nuestro tiempo presente, la palabra era un don que se concedía, un don al que era posible acceder. Había, desde luego, que buscarla; había, por supuesto, que prepararse para adquirirla, pero la iniciativa del encuentro, cuando ocurría su otorgamiento, no quedaba sólo del lado de la voluntad del hombre. Se trataba de un don, puesto que no le pertenecía al hombre de suyo. Pero, ¿qué decir, entonces, de la verdad? ¿Por qué es Sócrates tan tajante y duro —necedades es su expresión— cuando apenas se insinúa que ella, más bien, le pertenece al hombre en cuanto hombre? La razón de su respuesta no puede sino ser que la verdad, toda vez que se asienta en la palabra, por necesidad participa de su misma naturaleza. Y, ¿cómo podría ser de otra manera?

Existe verdad, pues, hay de hecho una verdad. La verdad es singular solía decirse. Su apropiación a voluntad, por consiguiente, era imposible; era, en las palabras de Sócrates, una necedad, una vana e insustancial pretensión. Pero el juego del poder tenía sus ardides, sus artilugios. La apropiación que él mismo trama, que urde y que finalmente consigue, es la de su semblanza, de lo que parece verdad, de lo que se le asemeja, de lo que puede lucir como tal, de lo que finge parecérselo. Ella misma es la base del poder; luego vendrá el dominio efectivo, el control.

A la palabra se la rodea entonces de símbolos, de ritos, de misterio. De este modo se enmascara su procedencia ilegítima. Se la escribe y se la

transmite. Luego vendrá su difusión, primero por vías muy modestas y limitadas; más adelante se irán multiplicando y masificando los medios. Adviene así el tiempo cuando desaparecen los dioses, o para no incitar a la confusión, cuando desaparece la verdad.

La frase de Protágoras, como es de esperar, también tendrá su destino. Reaparecerá una y otra vez en labios de hombres que ya son nuestros contemporáneos “No puedo dejar de juzgar que lo que yo entiendo claramente es verdad”; “La razón sólo descubre lo que ella ha producido según sus propios planes”; “El mundo es mi representación”. Su significado, empero, será enteramente distinto. Y, más bien, será la explicación que adelantó Sócrates, para luego ridiculizarla, la que capte sus implicaciones. No queda sino confrontar, entonces, el hecho tremendo de que la verdad, llámesela objetiva, dejó de existir. A lo más, hay simplemente verdades sentidas por tantos individuos como puedan contarse en las encuestas, o de cuya opinión pueda uno informarse. Es así como Nietzsche habrá de escribir unas líneas patéticas en 1885: “Hay muchas clases de ojos. Incluso la esfinge tiene ojos. Por consiguiente hay muchas clases de ‘verdades’, valga decir, no hay verdad”.

Si todos poseen y cargan con su verdad, si cada quien demanda y reclama poder sentar la última y definitiva palabra, la verdad, por consiguiente, debe haber mudado su asiento. Ya no más, pues, “En el principio era la palabra”. Goethe ofrecerá un sustituto: “En el principio era la acción”. Más aún, cuando Marx increpa a Feuerbach porque los de su especie, los filósofos, sólo han interpretado el mundo, mientras que lo importante es cambiarlo, fijando está un nuevo principio para la verdad. Así es como aparecen, a lo largo de un fascinante proceso que hoy ante nuestros propios ojos se desarrolla, nuevos fundamentos. Este tiempo presente de la humanidad, sin duda, no lo ha visto todo.

Quedémonos por los momentos con el lugar común de la imagen, poderosa sustituta de la palabra. ¿Cómo cerrar los ojos ante la avasallante certidumbre de que ahora la verdad, admitidamente, es la semblanza, el reflejo, el símil? Ya no más la palabra, pareciera ser el lema. El espacio de la verdad es la representación y su sonido, o mejor, el sonido que se le adose. Pero la imagen, mucho más que la palabra en su tiempo, es una fábrica, un artefacto, un instrumento hecho a la medida; a la medida, desde luego, del poder. Con el advenimiento de la imagen está listo el tiempo del poder silente, soterrado, sin rostro.

El futuro que la historia encierra

Parado en el punto final de mi gráfico, vuelvo a la pregunta que echó a andar estas reflexiones. ¿Hasta dónde llegará esa curva en ascenso? ¿Qué cambios, en las relaciones entre los hombres, pueden prefigurarse como consecuencia de este prodigioso crecimiento material?

Hace unos años un pensador, a quien suele considerárselo un economista a la usanza de lo que hoy se entiende como tal, escribió un luminoso ensayo que contiene una frase que conviene anteponer aquí: “el problema económico no es —si miramos hacia el futuro— el problema permanente de la raza humana”. No había tenido él consigo, debe decirse, la ventaja que nos dan las décadas pasadas, pero su mirada, sin duda, daba para conjeturarlas. ¿Le asistía la razón? ¿Es sensato reiterar su vaticinio?

La humanidad presente, en efecto, es testigo de una mutación en los fundamentos de la actividad productiva que está modificando de raíz el curso de las cosas. Quiero decir que se tiene a la mano, en lo que puede ser incluso nuestro propio lapso vital, la posibilidad efectiva de sustituir el trabajo como base de la producción. Pero hay más mucho más aquí que la simple idea de la máquina que, en la en la división y subdivisión de las tareas, llega a suplantar el esfuerzo de los hombres. Estoy pensando, más bien, en la injerencia en los procesos mismos de la naturaleza a un costo tan insignificante como para que pueda desestimárselo, de modo que su energía creadora virtualmente ilimitada podrá dirigirse y canalizarse como nunca antes hacia la producción de “las cosas necesarias y convenientes para la vida humana”. Dicho de un modo más riguroso, estamos, como humanidad, *en la vecindad de la desaparición de la línea que demarca a la naturaleza de la historia.*

El decurso de la vida de los hombres puede vérselo como la sucesión de una serie de arreglos sociales que consiguen apropiarse las fuerzas de la naturaleza para diversos fines, por ejemplo, su subsistencia. El instrumento por excelencia, en esa tarea de apropiación, es la propia energía humana que logra auxiliarse, cada vez más con mayor eficacia, de instrumentos que en su turno apropian energías naturales. Así van las cosas hasta que un arreglo social particular logra juntar la apropiación de inmensas masas de energía humana; más aún, las combina y coordina para potenciar sus capacidades productivas, pero también las dota de medios siempre eficientes para aprovechar el reservorio de energías creadoras, que es la naturaleza.

Pero este aprovechamiento, hasta hace muy poco, enfrentaba el límite, en el mejor de los casos, de unos costos insuperables. En el simple cálculo económico la naturaleza oponía sus límites, y, con todo, ¿qué no muestra la curva en ascenso que tan útil referencia ha sido hasta aquí? Lo cierto es que, frenéticamente, ha comenzado ante nuestros ojos la injerencia en el interior mismo de la naturaleza. Pequeños pasos, aquí y allá, hoy son evidencia incontrovertible de que más pronto que tarde esos costos se irán reduciendo hasta el extremo de no contar. ¿Qué puede entonces importar, en el mero terreno cuantitativo, la energía que los hombres aportamos? Más aún, y decisivamente, ¿qué queda entonces del poder, en cuanto apropiación del trabajo de otros?

En otro plano de las cosas, las relaciones humanas tienen hoy frente a sí dos realidades, de efectos concomitantes, que bien vale la pena distinguir. La primera viene lentamente en camino, y es la expansión del comercio internacional. No hay necesidad de dar cifras al respecto, pero no deben albergarse dudas de que en un plazo perentorio los volúmenes de mercancías intercambiados a través de las fronteras de las economías nacionales serán tan grandes como los comprados y vendidos en el seno de los países. A estas alturas del tiempo, así, los efectos de esta internacionalización de la actividad económica ya son ostensibles en muchos aspectos, y no hacen sino prefigurar que la sociedad civil, como hubimos de precisarla antes, será muy pronto una entidad cuyo espacio vital no serán más las antiguas fronteras nacionales. La sociedad civil, en breve, será una entidad de suyo internacional, supranacional.

La segunda realidad es la trama de nuevas vinculaciones que, por fuerza, habrán de constituirse sobre la base de las infinitas posibilidades comunicacionales que comienzan a abrirse para los seres humanos. ¿Qué habrá de significar para la condición humana el formar parte de redes virtuales, el tener, además de la mismidad, un espejo propio que actúa con otros espejos como si fuera yo, que de algún modo me encarna, que me compromete, que se expresa por mí? Sencillamente no lo sé. ¿Cómo se definirán en adelante los ámbitos que habita el hombre? ¿Qué será de la *polis*, y, por ende, de la política?

Rota la exigencia del poder de sojuzgar, para así disponer del trabajo de otros, ¿cesará en sus afanes? Pregunta tremenda, no puede dudarse por un instante. ¿Era el dominio sobre otros hombres un simple medio para

arrancarles su capacidad de crear valor, de producir bienes, mercancías, objetos apetecidos? ¿Vencido el problema de la subsistencia, del confort, de las presiones materiales, qué otras razones, a continuación, sustentarán la existencia del poder?

Pero el poder no es sólo asunto del trabajo de otros. Importante, decisivo acaso en muchos aspectos como es este flanco de su existencia, no es él su única dimensión, y cuidado si al final de las cuentas, como de ello da testimonio la historia, no era la más importante. Quedan otras pendientes. En particular, permanece esa dimensión arcana y compleja de la verdad que define el destino de cada quien, que mira hacia lo alto, que toca la humanidad del hombre. El poder, cabría pensar, despojado del fardo de la subsistencia material que le imponía mostrarse abiertamente, ser patente en su brutalidad, tener un rostro y una mirada, puede ahora ocultarse, soterrarse, casi desaparecer de la vista, hacerse del todo anónimo y silente. ¿Cuál será su destino? ¿Prevalecerá en tanto haya hombres?

Aquí no puedo hacer más que dirigir la mirada a una línea de la *Ética Nicomaquea*. Aristóteles se pregunta por lo que es el hombre, por las funciones que lo precisan: “La excelencia de un flautista reside en su función, como la del zapatero o la del carpintero”, escribe. Pero, ¿y el hombre? ¿Y las tareas propias del hombre? ¿A qué excelencia está él llamado en cuanto hombre? De seguidas viene su respuesta. A mí me interesa, sin embargo, una pregunta que deja a lo largo del camino. De ella me agarro cuando aprietan las circunstancias y el rumbo hay que mantenerlo a sabiendas de que ninguna certeza hay ni puede haberla sobre el punto de llegada: “¿Y si por su naturaleza no estuviera llamado a cumplir ninguna?” (Aristóteles, 1999: 1097b-1098a)

Es decir, somos seres abiertos, a quienes nada determina de antemano. Nos es dado, por consiguiente, escoger cualquier curso. La historia será siempre un asunto por hacer. El poder, su juego sordo y despiadado, ahora silente y soterrado, es, en verdad, una forma de expresarse la condición humana, mas no la única. Se precisarían, desde luego, cambios muy profundos en el interior del hombre para vencer su influjo, cambios que reharían la faz de la tierra. Pero, acaso, ¿no somos testigos nosotros de transformaciones que están mudando el exterior del mundo y que habrían sido impensables apenas ayer?

El tiempo de Venezuela

El pensamiento se me va a mi tiempo personal, a las circunstancias que me han sido impuestas. Vengo a mis condiciones más cercanas. Todo lo anterior pasa por aquí, con sus atenuaciones o abultamientos, con sus retardos y especificidades. Otras fuerzas, más bien internas, mueven también el tiempo presente de Venezuela; tratar de pensar sobre ellas, como es natural, constituye una preocupación constante. Así lo ha sido desde hace años. *Tiempos de mengua*, así hube de llamar un ensayo que escribí en 1989 y que constituyó una primera síntesis del trabajo de los años anteriores; hoy cambiaría la segunda expresión. Prefiero, sin embargo, abstenerme de hacerlo, en parte porque no hallo un término que me exprese a cabalidad, y en parte, pero quizás más importante aún, porque en el medio de la algazara que sacude a este tiempo me inclino más bien por el silencio. Y una forma de denotar esta actitud tan íntima es no calificando los tiempos.

Viéndome, viéndonos, por así hablar, desde el impulso de las fuerzas que hoy sacuden a la humanidad, me sobrecogen dos o tres ideas fijas. La primera es la preeminencia, irrealizable debería acotar, del Estado, quiero decir, del cuerpo político de la nación. Ello ocurrió así a lo largo del siglo, y fue, desde el ángulo de las cosas económicas, mi gran tema de investigación. Pero esta preeminencia, para sólo recordarlo, tiene una singular base de sustentación, a saber, la autonomía financiera del Estado, su condición de propietario y el soporte que le dan los proventos que de ella deriva. Hoy, pues, esta situación del Estado, en términos relativos a lo que es el resto de la nación, luce más privilegiada que nunca antes. Hay aquí, cómo no expresarlo de este modo, un dramático, ostensible anacronismo en el seno de la historia de Venezuela. En breve, nuestra historia tiene su mirada puesta hacia el pasado, quiero decir, en este hecho tan significativo del Estado de suyo rico, por todo lo argumentado páginas arriba, no es admisible ni imaginable conseguir las fuerzas que habrán de impulsar la vida del país hacia el porvenir. Y probablemente, antes bien, obstaculiza otras energías que pujan por hacerse presentes.

La segunda idea, del todo concurrente a la anterior, es la extrema fragilidad de nuestra sociedad civil, tal y como la entendimos antes. Aquí quiero aferrarme a una expresión cuantitativa por la que se da cuenta, indirectamente es verdad, aunque de manera fehaciente, de la importancia de su presencia en los asuntos de la nación. Me refiero a la cuantía, relativa al tamaño propio

de la economía venezolana, de la acumulación privada de capital, valga decir, de la inversión hecha por la sociedad civil. Esta cuestión de la acumulación de capital, huelga repetirlo, es un aspecto decisivo del tiempo contemporáneo, y sin que pueda pretenderse arrancar de una mera cifra el significado histórico del que se precisa en esta encrucijada, tampoco es despreciable lo que lleva consigo. Pues bien, cuando cierra el siglo, dicha cuantía en Venezuela representa un monto casi insignificante —un 4 por ciento—. De manera que la vitalidad histórica de nuestra sociedad, de juzgarse por lo que revela este indicador, está en suspenso, no se exhibe, tiene la tarea por delante de manifestarse.

La tercera idea tiene que ver con el mercado de trabajo, y es fiel consecuencia de la primera antes expuesta. Sobre este delicado resorte de los arreglos sociales contemporáneos, en el caso particular de Venezuela, cabría, pues, decir muchas cosas. Baste referir una sola, tan grandes son sus implicaciones. Así, la experiencia económica reciente de la humanidad en general indica que existe una cierta proporción entre el número de trabajadores del Estado y el número de trabajadores privados. Al fin y al cabo, estos últimos pagan por la existencia económica de los primeros. Dicha proporción se mueve en torno a la cifra de un trabajador público por cada cinco o seis asalariados privados. Pues bien, en Venezuela, al terminar el siglo, la relación es muy diferente: una persona que emplea el Estado por dos asalariados del sector privado. Esto pone en evidencia una anomalía mayúscula que, de preservarse o agudizarse, acarreará las más serias consecuencias para el curso futuro de la economía venezolana.

La consideración de las tres ideas anteriores, debidamente meditadas, lleva a un cierto juicio crítico sobre el destino de Venezuela y de su gente. Bastaría con ellas, me provoca decir. Sin embargo, hay una última cuestión que no es posible soslayar, dada la línea matriz de las reflexiones que alimentan estas páginas. Su entidad, se apreciará rápidamente, es de otra índole, en especial porque su dimensión temporal es muy diferente. Me refiero al tono peculiar que ha adquirido la vida política de la nación.

De vuelta, creo que estamos ante lo que parece ser un evidente anacronismo de un punto medular de la trama de las cosas sociales. Frente al anonimato de que se rodea el poder, a la ausencia de un rostro con el cual identificarlo, al silencioso movimiento de sus mecanismos sutiles de tan sólida eficacia y que, por lo visto, son como no humanos, la figura central del poder

político con la cual cierra el siglo XX venezolano exhibe una desmesurada visibilidad. No hay recuerdos frescos en la memoria, no hay paralelos a los cuales recurrir, de una presencia tan exagerada en la vida cotidiana, tan inmiscuida en el elemental acontecer de la existencia, pero además tan a la disposición del oído y de la mirada, de parte de quien ocupa la jefatura central del poder político. Frente al silencio del poder en la historia de la humanidad que se está haciendo, aquí oponemos una total estridencia. ¿Qué cabe desprender de este hecho, al que quizás no debiera tomárselo como simplemente circunstancial? ¿Qué hacer con lo que significa la juntura de estas tres ideas —o mejor, realidades— antes expuestas, y con la mira puesta en el destino de Venezuela, en nuestro propio destino?

Para muchos, los años por venir de Venezuela son un camino de tantas interrogantes y rumbos inciertos que, dado el tenor de los tiempos de la humanidad, pareciera preferible bajarse del tren. No hay paciencia, ni puede haberla, para asumir tareas que pueden demandar lo mejor de una vida entera. Además, pudiera bien preguntarse, ¿a cambio de qué? En todo caso, aquí no puede sino haber libérrimas decisiones personales. Así es como se expresan los signos de la época, y no cabe sino decir que al son de la música ha de bailarse, o si se desea más finamente, *hic Rhodus, hic salta*. De manera que a la pregunta del párrafo anterior debo responder en primera persona.

Entonces, ¿qué hacer? Mantener el curso. Mantenerlo con denuedo, si es que se puede. Pero si no se pudiera así, mantenerlo sin embargo a toda costa. Y si se me permitiera una última acotación diría, para concluir: tratando con diario empeño de distinguir y separar lo que es afín a la ambición de lo que es propio de la esperanza.

La evolución económica de la humanidad: 1269-1999
(Nivel de la actividad económica, en dólares de 1994)



BIBLIOGRAFÍA

Aristóteles (1990): *Politics*, Ed. H. Rackam (Cambridge, Mass.: Harvard University Press).

_____ (1999). *Nicomachean Ethics*, Ed. H. Rackam (Cambridge, Mass.: Harvard University Press).

Baptista, Asdrúbal (1999). *Una historia que no se hizo historia: el siglo XX venezolano*, Comisión Presidencial V Centenario de Venezuela (Caracas).

Bloch, Marc (1941): "The Rise of Dependent Cultivation", en *The Cambridge Economic History of Europe*, Eds. J.H. Clapham and Eileen Power, Volume I (Cambridge: Cambridge University Press).

De Ste. Croix, G.E.M (1981): *The Class Struggle in the Ancient Greek World* (Ithaca: Cornell University Press).

Gordon Childe, V. (1952): "Trade and Industry in Barbarian Europe till Roman Times", en *The Cambridge Economic History of Europe*, Eds. M. Postan and E.E. Rich, Volume II (Cambridge: Cambridge University Press).

Hegel, G.W.F. (1967): *Philosophy of Right*, Transl. by T.M. Knox (Oxford: Oxford University Press).

Heidegger, Martin (1995): *Aristotle's Metaphysics Q 1-3: On the Essence and Actuality of Force* (Bloomington: Indiana University Press).

Hilton, R.H. (1969): *The Decline of Serfdom in Medieval England* (London: Macmillan).

Hobbes, Thomas (1968): *Leviathan*, Ed. C.B. Macpherson (Middlesex: Penguin Books).

Keynes, John Maynard (1973): *The Collected Writings of Keynes, John Maynard, The General Theory*, Vol. VII (Cambridge: Macmillan).

Kosminski, E.A. (1962): "Services and Money Rents in the Thirteenth Century", en *Essays in Economic History*, Ed. E.M. Carus-Wilson, Vol. II (London: Edward Arnold Publishers).

Los primeros Códigos de la Humanidad (1994): Traducción y notas de Federico Lara Peinado (Madrid: Tecnos).

Marx, Karl (1969): *Theories of Surplus Value*, Vol. I (London: Lawrence & Wishart).

Nietzsche, Friedrich (1968): *The Will to Power*, Ed. Walter Kaufmann (New York: Random House).

Smith, Adam (1976): *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Eds. R.H. Campbell & A.S. Skinner (Oxford: Oxford University Press).

Tawney, R.H. (1912) *The Agrarian Problem in the Sixteenth Century* (New York: Burt Franklin).